DE DANIEL MUÑOZ

CORPUS

El día de la fiesta del Corpus Christi, fuí por la mañana a la catedral de San Pedro, calculando que la ceremonia religiosa revestiría allí más grandiosidad que en ninguna otra de las trescientas y tantas iglesias que cuenta esta ciudad, cuyas cúpulas sobresalen de los tejados como enormes jibas, dominada todas por la de la Basílica Vaticana, de una inmensidad solo apreciable cuando se la compara con las demás eminencias, pues es tal la armonía de todo el conjunto arquitectónico del famoso templo que nada resulta exagerado, pareciendo esbeltas las grosísimas columnas del frontispicio, de humanas proporciones las gigantescas estatuas que lo coronan, mediana la vastísima escalinata, y apenas grandes como una bocha la bola en que remata la cúpula, dentro de la cual caben holgadamente veinte personas.

En el interior había poca gente: unas cinco o seis mil almas, que formaban un grupo insignificante, allá sobre el altar mayor, yacía la inmensa nave central hasta el baldaquín soberbio que se levanta en la intersección de los brazos del crucero, bajo la cúpula, y desiertas las extensas naves laterales. Se oía, desde las pilas de agua bendita, un vago rumor armonioso, y resplandecían a lo lejos como una niebla luminosa los centenares de cirios que iluminaban el altar. Aproximándome más oí que sonaba el órgano, acompañando un coro grandioso, en el que se destacaban dos voces agudísimas, de una dulzura infinita, concertadas a dúo con un ajuste admirable. Eran los famosos cantores de la Capilla Sixtina,, sobre los cuales corren tantas leyendas, y que los cuestionablemente no tienen en la voz nada que el acento humano se parezca con diáfanas las notas, tan sutiles los agudos, tan melodioso el timbre, tan correcta la afiniación, que se diría producido el sonido por un instrumento angélical manejado por séres extraterrenales, llamado a un diapasón desconocido. Nunca e oído música más arrobadora, más amada, que aquella que se desprendía de entre las celosías doradas del coro, a la izquierda del altar, acompañada con los acordes graves y sonoros del órgano cuyos tubos de grueso calibre parecían la dentadura inmensa de uno de esos mónstruos prehistóricos de los que apenas se conocen más que fragmentos colosales.

Oficiaba en el altar el cardenal Rampolla, secretario de estado del Papado de estatura atlética, y le circundaban los príncipes y dignatarios de la iglesia; arzobispos, obispos, canónigos sacerdotes de toda jerarquía, seminaristas del Vaticano, cofrades, archicofrades, todo un estado mayor lujosísimo, revestidos los prelados con vistosas casullas de oro y plata recamadas, empedradas de valiosas joyas, con albas de sutilísimos encajes, empuñando cada cual la insignia de su rango, mientras los clérigos más humildes, sin otro adobo que los blancos sobrepellices, formaban de pie en las últimas filas.

La ceremonia dentro de aquel escenario suntuoso acompañada de aquella música inefable, iluminada por centenares de cirios, resultaba imponente, de una magnificencia teatral en aquel vastísimo proscenio tan artística y lujosamente decorado de mármoles rarísimos, de estatuas soberbias, de candelabros monumentales, toda la riquísima indumentaria y variadísimos atributos del culto, destellando en medio del altar como una ascua de sol, la sacra custodia, embutida de pedrerías, mientras los cantores entonaban el *Salutaris* en un dúo de voces solas, temblorosas al principio como amedrentadas al sentirse aisladas del apoyo del órgano, afirmándose poco a poco hasta remontarse en ímpidos agudos a las más altas notas de la escala concertadas en tercias, tan diáfanas y vaporosas que parecían desprenderse de la tierra y elevarse los tiernísimos acentos, envueltos entre las volutas del humo dorado de los incensarios.

Pero, en medio de todo, la unción, la religiosidad, al recogimiento de una multitud creyente no se manifiesta en esta ceremonia, como si el arte, que es humano, tuese más poderoso que el misticismo y lo sofocase sobre el sentimiento religioso, el sentimiento estético, subyugada la grey por la sublimidad de la música, fascinada por la riqueza de las telas y de las joyas, deslumbrada por el lujo del decorado, absorta ante la grandiosidad del conjunto que ofrece este templo maravilloso, inmenso como no lo tuvo ninguna otra divinidad, y del cual parece que el mismo Dios ha desaparecido, abrumentado por la pompa y la fastuosidad de que hacen alarde los veteados mármoles murales, los filigranados chapiteles de las columnas, los rosetones incrustados en las bóvedas, las estatuas de formas turgentes y de actitudes mundanas trepadas y recostadas en los monumentos, los valiosísimos mosaicos de los altares, las rejas primorosamente burladas, invadido todo, hasta los últimos rincones, por la soberbia pecaminosa del fausto sin dejar un santuario en que encuentre albergue la fe modesta y simple del cristianismo.

A todo esto, mientras en el altar mayor se cumplían las últimas ceremonias del oficio divino, se iban organizando en la nave lateral izquierda la procesión; a la cabeza la Cruz Alta, flanqueada por dos candelabros de plata, más atrás un estandarte inmenso; enseguida un Cristo bajo un arco, y después largas filas de sacerdotes, todos los que estaban en torno del altar y más, a cada uno de los cuales iban varios monaguillos repartiendo cirios encendidos. Por último izaron seis dignatarios el palio de tisú de oro, y bajo de él tomó puesto monseñor Rampolla, llevando en alto la deslumbrante custodia. Y toda la procesión se puso en marcha, al compás de los cánticos, desfilando entre una doble muralla humana, precedida por la campana, y el enorme paraguas emblemático de la basílica recorriendo la nave izquierda hasta salir al atrio para volver a entrar por la nave central, llena de pompa, trazando en su curso un surco de luz en alto las cruces, los estandartes, los lujosísimos faroles de bronce y oro de vidriería multicolor, y dominándolo todo, la figura imponente de monseñor Rampolla, magnífico dentro de la escarlata cardenalicia, la frente amplia, vivaces los ojos, los labios balbucientes, sosteniendo entre sus manos la sagrada reliquia de aureos rayos acribillados de piedras preciosas en cuyas facetas se rompían en reflejos irizados las luces de los cirios.

Después de ver desfilar todo el cortejo, me quedé cerca de la puerta central, y la procesión siguió su marcha hacia el altar mayor empequeñeciéndose en la enormidad de la nave, semejando una doble fila de enanos que a cada paso que daban se achicaban, al mismo tiempo que parecía que más se empinaban las bóvedas, que se ensanchaban las naves, que cobraba mayor grandiosidad todo el conjunto, reduciendo a la miseria de insectos a todos aquellos prelados y oficiantes, de cuyos cánticos apenas se oía un flébil rumor armonioso, hasta que todo calló y todo se aplastó bajo la inmensidad de la cúpula, quedando como único vestigio de la procesión las luces de los cirios como un enjambre de luciérnagas errabundas tras del suntuoso baldaquín.

No quise retirarme sin presenciar la salida de la concurrencia y me situé al pié del obelisco, en el centro de la gran plaza circular. No hacía gran calor, a pesar de que era casi medio día, hora que en este tiempo es pesadísima.

Grandes nubarrones cubrían a intervalos el sol; y aprovechando del nublado, la gente fué saliendo lentamente esparciéndose en la ámplia escalinata, apareciendo mucho más numerosa que lo que representaba dentro del templo. Y por entre la muchedumbre diseminada en la rampa, se precipitaban por momentos, como chorros vivientes, largas filas de seminaristas ensotanados de todos colores, negros, azules, violetas, rojos, marchando a pasado acelerado, abriéndoles camino los grupos de mujeres del pueblo, *ciociaras* de abigarrda vestimenta, estacionadas en los peldaños de la gradería mientras continuaba saliendo la concurrencia ofreciéndose en todo su variado conjunto escalonada desde lo alto del atrio hasta el plano de la plazoleta. De represente brilló el sol, dando nueva admirción y colorido a los grupos, y como fecundada por su color prolífero, germinó toda aquella muchedumbrea en una florescencia multicoior; por todas aquellas se abrieron sombrillas y paraguas, surgiendo como umbeliferas monstruosas; rosadas, verdes, blancas, amarillas atornasoladas, que se movían como las flores del campo hamacadas por la brisa; y cada nuevo grupo que por las puertas del atrio se desbordaba en la escalinata, florecía a su vez, enriqueciendo con nuevos tintes aquel jardín inmenso que llenaba toda la plaza de San Pedro, y en medio del cual sobresalían los altos penachos de agua de las dos fuentes monumentales.

Hizo ruido en Roma la pompa con que se celebró la fiesta del Corpus Christi en San Pedro y otras iglesias, después de veinticinco años en que había pasado la ceremonia casi desapercibida, y contando con que la curiosidad y el partidismo llevarían mayor concurrencia a la celebración de la Octava, el jueves siguiente se dió gran publicidad al festejo que debía solemnizarse con más realce en la gran catedral, por la tarde. A las cinco; media hora antes de dar comienzo a la ceremonia, había ya en la iglesia más de quince mil personas; poco después pasaban de veinte mil, y a las seis de la tarde podían calcularse en cincuenta mil almas las que poblaban el vasto templo, sin llenarlo todavía, quedando las naves laterales casi vacías. Parecía aquello más un feria que una solemnidad religiosa; las gentes discurrían de un lado a otro, formaban grupos en que se conversaba en voz alta, se trepaban en los zócalos salientes, y a cada momento se engrosaba la muchedumbre cada vez más bulliciosa, afanándose todos por ver lo que pasaba dentro del amplio recinto en que iban tomando puesto los prelados oficiantes, desde el dosel central hasta el altar mayor, al mismo tiempo que en la nave lateral se iba organizando la procesión, con más estandarte, con más cruces, con más faroles que en la fiesta anterior, corriendo de un lado a otro los caporales de las hermandades y cofradías para despejar el trayecto a cada instante invadido por la multitud entre la cual se veían clérigos y frailes de todas las órdenes, capuchinos de hábitos obscuros, franciscanos grises, domínicos blancos otros con el pecho ensangrentado de una cruz roja, teatrales en sus amplias vestiduras talares; forasteros de todas nacionalidades hojeando las guías, contemplando como en un museo los monumentos y mosaicos ajenos a la ceremonia que se celebraba, presidida también por el cardenal Rampolla, lleno de majestad envuelto en la purpúrea toga.

Las voces blancas del coro paulino entonaban los salmos, alternando con el canto llano de los canónigos, y entretanto iban los monaguillos encendiendo los cirios que brillaban por centenares en el altar monumental, en cuya cima fulguraba la paloma simbolica del Espíritu Santo, dorada sobre una plancha de cristal opaco transparentada por el sol poniente.

A poco, apareció una comparsa de hasta cuarenta doncellas vestidas de blanco, con cofias blancas que las cubrían hasta las cejas, y blancos cendales que les tapaban la boca dejando entrever solo entre tanta blancura los negros ojos meridionales. Eran éstas las que iban a recibir la dote pontificia, pequeñas sumas que cada año se distribuyen a un número determinado de jóvenes honestas y virtuosas de la clase pobre, e iban todas ellas muy compuestas y recatadas, sin más adorno que millares de pequeños alfileres blancos formando flores y dibujos simétricos, erizados de puntas los pechos y las espaldas, remedando los alfileres un recamo de hilo de plata sobre las blancas telas de la vestimenta.

Terminada esta ceremonia, se formó la procesión larguísima, abriendo marcha el gran paraguas basilicano, y cerrando el cortejo el palio bajo el cual llevaba monseñor Ramoolla la preciosa reliqnia, fulgurante de pedrerías. La concurrencia era enorme, y se apiñaba en las naves por donde debía pasar la procesión, rebelde a las órdenes de los encargados de despejar el camino, indisciplinada contra los guardias que pretendían contenerla, agitándose en una marea rumorosa. Previendo un conflicto

CHRISTI

En la Basílica de San Pedro

que no debía tardar en producirse me subí sobre el zócalo del pedestal que sostiene la estátua de San Pedro, casi al centro de la nave mayor, y desde allí pude dominar la muchedumbre y ver la procesión en su marcha lenta, abriéndose con dificultad paso por entre la apretada multitud. Y era aquello de un maravilloso efecto escénico, más grandioso que la entrada triunfal de Radamés, más suntuoso que el desfile del *Profeta*, más imponente que el cortejo de *La Hebrea*, en medio de aquella decoración de mármoles por entre una doble fila de estátuas grandiosas que parecían desprenderse de los muros para contemplar la marcha majestuosa de la procesión interminable, en alto los estandartes, las cruces, los candeleros, los faroles de vidrios multicolores, avanzando al compás de los cánticos, trazando un curso luminoso con los innumerables cirios encendidos que llevaban las cofradías y sacerdotes.

Llegaba ya a la puerta de la nave lateral izquierda la cabeza del cortejo, y todavía quedaba el palio más atras del baldaquin. La multitud se hacía cada vez más compacta, dificultando la marcha. Costó inmenso trabajo abrir paso en el atrio invadido por una enorme masa de gente que no había entrado al templo, y cuando ya la Cruz Alta llegaba al umbral de la nave central y parecía ya establecida la libre circulación del cortejo se oyó un grito, se atropellaron las gentes en los pórticos, por salir las unas y por entrar las otras, y el conflicto que se preveía desde el principio se produjo en medio de espantoso tumulto.

En el primer momento no supe cuál fué el origen del barullo, ni me preocupé de otra cosa que de encaramarme más en alto para evitar ser estrujado y pisoteado, y así pude ver el alboroto de aquella muchedumbre, que con sitio sobrado para esparcirse por las naves, se atropellaba y confundía pretendiendo ganar la salida en medio de un clamoreo espantoso, los hombres exhortando a la calma y al orden, las mujeres dando alaridos de espanto y de dolor, los chicuelos llorando y berreando, toda la majada humana huyendo despavorida de un peligro ignorado, la procesión desecha, los estandartes abatidos por tierra Monseñor Rampolla y algunos de los prelados de su séquito refugiándose en una capilla cuyas rejas se cerraron tras de él para impedir que invadiese la multitud aterrorizada, asaltados los altares y los monumentos, ya perdidos todos los respetos, corriendo a la desbandada los grupos de clérigos, seminaristas y cofrades, a la vez que arrojaban los cirios sin cuidarse de apagarlos.

Durante diez minutos la escena se hizo indescriptible, revuelta aquella inmensa muchedumbre en una masa que grita y baabullaba como una tropa de bestias despavoridas, sin acertar a calmarse a pesar de que ningún peligro la amenazaba, hasta que poco a poco, fué la gente saliendo, estrujada y maltrecha, y fueron apagándose los gritos, quedando las naves casi vacías, semejando el campo de una derrota sembrando de estandartes, de candeleros, de faroles, de pingajos de todos colores, corriendo de un lado a otro madres que buscaban a sus hijos, maridos que procuraban a sus mujeres, mientras aquí y allá se formaban grupos en torno de las desmayadas, que las hubo por docenas. Y a pesar de tan gran tumulto, de tanta confusión, no hubo que lamentar una sola desgracia, cuando pudieron haberse contado por centenares, pues hubiera bastado que una sola fila perdiera pié para que la marea humana produjese una catástrofe análoga a la recientísima ocurrida en el parque de Moscow en ocasión de las fiestas de la coronación del Czar.

No hay para que decir que la función se dió por terminada, pues no estaban ya los ánimos para cánticos y procesiones, agitados todavía de la refriega, pululando la multitud en la plaza de San Pedro, formando grupos en que animadamente se comentaban los sucesos, renovándose a cada instante los encuentros entre parientes y amigos perdidos en el tumulto, del cual fué origen, como siempre, una bagatela. Sucedió que en se día, habían llegado a Roma sobre unos mil marineros de la escuadra inglesa fondeada en Civita-Vecchia, los cuales enardecidos por este sol picante de Junio y por los vapores de estos vinos meridionales, producían un barullo en cada barrio, litigando con hosteleros, riñendo con los cocheros resistiéndose a los guardianes públicos, y dando tema incesante a la crónica para noticias sensacionales. Tres de los tales marineros se fueron a visitar la catedral presisamente en los momentos en que empezaba la función, y sea que les aburrirse la ceremonia y se aproximase la hora de la partida, resolvieron salir, pero como ya la muchedumbre era mucha y se había aglomerado en las puertas para presenciar el desfile de la procesión, no pudieron los marineros cumplir su deseo; y entonces, viendo que no podían hacerse entender con palabras, resolvieron acudir a los puños, emprendiéndola a moquete limpio con todos los que les cerraban el paso.

Dió una mujer un grito de dolor al recibir un sopapo; chillaron cien de susto empezaron otras a desmayarse; porfiaban los hombres por contener a aquellos energúmenos que ya calientes con el juego menudeaban trompadas a diestro y siniestro desvencijando encías, aplastando narices, levantando chichones y haciendo crujir costillares; y a los pocos minutos el que no ahullaba de dolor daba alaridos de susto, produciéndose aquel gran tumulto que no me es posible describir en su conjunto y sus detalles, pues en la penumbra de la tarde, todo se me aparecía como un revoltijo que se apiñaba y estrujaba en una confusión espantosa, perdida ya en las gentes toda reflexión, huyendo las unas de las otras sin saber por qué, contribuyendo cada cual a aumentar el conflicto con gritos insensatos y atropellos furibundos, buscando la salvación en la salida cuando en el interior había refugio seguro para todos como lo tuve yo sin verme molestado por nadie, al amparo del mismo San Pedro, que presenciaba aquel alboroto de su grey, la mano en actitud de bendecirla, gastados los dedos del pié derecho por el roce de los millones de labios que lo han besado, impasible en su rigidez de bronce.

Y así terminó, como el Rosario de la Aurora, aquella fiesta magnífica, perturbada por tres marineros ingleses, que nunca sospecharon que habían de sembrar tan espantoso pánico en tan enorme muchedumbre, y que aún después de terminado el tumulto no sabían darse cuenta de lo que había pasado ni soñaban que fuesen ellos mismos los responsables por todo lo cual, y por otras razones que sería ahora largo explicar fueron dejados en libertad sin más trámite.

DON DANIEL MUÑOZ

NUESTRO ::: NUMERO EXTRAORDINARIO

El número extraordinario que ANALES prepara para fin de año en obsequio de sus suscriptores, será, sin duda alguna, el exponente más alto, artístico, literario, gráfico y social, dado por el periodismo de nuestro país

A pesar de los costosos esfuerzos que nos importa la realización de tan importante trabajo, ANALES ha resuelto no aumentar el precio del ejemplar a sus suscriptores respondiendo en esta forma, al favor cada vez mayor que le dispensa el público de la capital y del interior

En su administración, Piedras 607 y en las principales librerías y kioscos de la capital, ANALES se venderá al precio único de 1 peso para aquellos que no son suscriptores